

PARACELSO: ¿GENIO O CHARLATÁN?

La ciencia, se dice, es la expresión más acabada de la racionalidad, y tiene como meta la verdad. Si ello es cierto, debiera inferirse que está compuesta por el conjunto de teorías racionales acumuladas y superadas a lo largo del tiempo, con el acercamiento progresivo al conocimiento «cierto» de las cosas por sus principios y causas. Por ejemplo, la medicina de hoy descansaría sobre pilares sólidos y razonables, establecidos en una marcha continua y progresiva que se remontaría, pongamos por caso, a Hipócrates, pasando sucesivamente por Galeno, Avicena, Paracelso, Vesalio, Servet, Paré, Harvey y muchos otros.

Pues bien, siguiendo con esta línea, deberíamos suponer entonces que, como hoy, estos científicos, preocupados en descubrir ciertos fenómenos relacionados con el cuerpo humano y las enfermedades, investigaron empíricamente los fenómenos, realizaron experimentos y trataron de encontrar causas explicativas y soluciones. Obviamente, necesitaron el salto de la mera recolección de datos a la teoría para hacer ciencia (sin teoría, lo sabemos, los datos aislados no sirven de nada). Pues bien, es precisamente aquí donde la cuestión se complejiza, pues la teoría no puede derivarse de los hechos, sino que se inventa para dar cuenta de los mismos (si se derivara de los hechos automáticamente, bastaría crear un método de reglas que nos condujera mecánicamente de ellos a la teoría, método que no poseemos y que parece imposible de obtener), por lo que la variedad de postulaciones puede ser, en principio, infinita (recordemos la cantidad de hipótesis que barajó Semmelweis hasta dar con la que explicó la fiebre puerperal). La posterior corroboración mediante observaciones y experimentación corolará el éxito de unas, que serán aceptadas e incorporadas al *corpus* del conocimiento científico, y el desecho de otras, que yacerán en el olvido. Sin embargo, pese a la importancia de dicha contrastación, debemos admitir que es sólo una confirmación tardía de la hipótesis propuesta y que, por lo tanto, no habría ninguna razón de peso para afirmar la viabilidad o no de una teoría si ella no ha sido aún ni refutada ni confirmada. Este espacio, que configura el campo incierto del «contexto de descubrimiento», es un lugar que está indefectiblemente vedado a la lógica y a los procedimientos mecánicos.

Ahora bien, aún aceptado esto, pocos dudarían en rechazar *a priori* cualquier conjetura que tenga vestigios de misticismo o religión. La ciencia constituye una actividad profana y, consecuentemente, sólo habría podido crecer y desarrollarse gracias a la separación de lo trascendental (entendido como pura superstición o mística sin ningún contacto con la realidad) que la enturbiara y frenara durante años. Los frutos de un tal misticismo sólo podrían resultar estériles, vulgares e inútiles.

Pues bien, advierto a cualquiera que tenga estos prejuicios y que se interese en consultar la “historia de la ciencia”, que va a sorprenderse. En primer lugar, no hay algo así como una continuidad lineal en la historia, sino que pareciera que ésta da saltos constantemente, de paradigma en paradigma, como ha afirmado Khun. Nada nos autoriza a decir que la medicina de hoy se remonta a Hipócrates. Basta interrogar a un médico de nuestros días sobre su opinión acerca de la fundamental teoría de los humores del cuerpo. He visto la respuesta: sonríe (¿se reirán de la misma manera de nuestra medicina dentro de mil años?).

Por otro lado, vemos que, lejos de resultar una actividad profana, la medicina estuvo teñida, en la mayoría de los casos, de una profunda religiosidad, de ideas filosóficas y místicas, en donde lo sobrenatural o espiritual jugaban un papel fundamental. Y aunque las teorías surgían de concepciones muy alejadas de las nuestras, eran luego igualmente «confirmadas» por sus experiencias (más allá de la precariedad de la mayoría de ellas). Y lo que es más asombroso, fueron luego confirmadas por «nuestra» propia experiencia (recordemos a Servet y su circulación pulmonar). No es descabellado afirmar entonces que un tal misticismo puede, aunque no necesariamente, llevar en sus entrañas concepciones que, desde un punto de vista actual, son correctas y racionales.

Atendamos por un momento, y de una manera muy general, a la vida y obra de **Paracelso (1493-1541)**.

Este extravagante personaje nació en Suiza bajo el nombre de Felipe Auréolo Teofrasto Bombast de Hohenheim. Cómo derivó su nombre en el de Paracelso no es ningún misterio: él mismo se rebautizó así debido a que se consideraba superior a Celso, el famoso médico romano del siglo I. Este hecho singular nos ubica de entrada en una disyuntiva sobre la persona de Paracelso de la que no podremos evadirnos en ningún momento: la de si tan alto nombre está justificado, en cuyo caso debemos admitir que el que lo portaba era un genio, o no lo está, lo que lo convierte en un charlatán. Citemos una conocida frase suya para entender con quién tenemos que habérnosla:

«Como yo quiera, y no como vosotros queráis, señores de París, de Montpellier y de Suabia. Os aseguro que los pelos de mi cogote saben más que todos vosotros y vuestros copistas juntos, y que los cordones de mis zapatos son más eruditos que vuestro Galeno y vuestro Avicena.»

Frente a esto, que Paracelso afirmaba muy en serio, se puede asentir o no. Eso es fácil. Lo difícil es estar seguro de haber elegido la opción correcta. Veamos por qué.

Estudió medicina en Basilea, pero como no podía conformarse con la enseñanza tradicional, estudió

también alquimia, metalurgia (llegó a ser aprendiz de minero) y se incorporó a las huestes de aventureros «cultos» (estudiantes mendigos), vagando por Alemania, España, Francia, Suecia y Rusia. Aunque en estos viajes visitó varias universidades «serias», siempre le interesó más lo que le enseñaran barberos cirujanos, hechiceras, gitanos y verdugos.

Volvió luego a Basilea, en donde dos de sus osadas transgresiones le provocaron el rechazo de sus colegas: rompió con la tradición dando clases en alemán vernáculo en vez de hacerlo en el latín de los eruditos (fue el primero) e inauguró su serie de conferencias quemando los libros de Galeno y Avicena, las autoridades universalmente aceptadas.

Tal vez debido a los rencores que despertara, tuvo que dejar Basilea, lo que lo llevó otra vez a vagar de una ciudad a otra, cosechando en estos diez años tanto gran popularidad por sus asombrosas curaciones como odio por su falta de consideración y maltrato hacia sus colegas y pacientes. En 1541, en Salzburgo, murió en una situación que no quedó del todo clara: sus adversarios argumentaban que había sufrido un accidente en estado de embriaguez, mientras que sus amigos afirmaban que había sido asesinado por sus enemigos.

Antes de su muerte, había legado sus pocas pertenencias a los pobres.

En lo que se refiere a sus ideas médicas, puede decirse muy sucintamente que el logro más importante de Paracelso fue el dar a luz una nueva ciencia: la química médica, o iatroquímica. Para ello, concibió la unión de dos actividades que corrían por sus propios carriles: la medicina y la alquimia.

La estructura ideológica de la alquimia, cuyo objeto era la transformación de los metales, se basaba en experimentos de carácter esencialmente mágico, fundados en especulaciones de origen neoplatónico y oriental. La innovación de Paracelso fue afirmar que el objeto principal de la alquimia no era hacer oro, sino preparar remedios, redefiniéndola como la ciencia de la transformación de los materiales brutos en productos acabados útiles para la humanidad. Como los alquimistas, aceptaba que los minerales (sustancias vivas) crecían y se desarrollaban bajo tierra hasta alcanzar formas más perfectas, debido a lo cual esto podía ser imitado artificialmente por el hombre para producir así remedios de ese tipo.

En cuanto a la medicina propiamente dicha, rechazó la teoría de los cuatro humores, proponiendo la suya (más útil), que consistía en afirmar que el cuerpo humano era esencialmente un sistema químico compuesto a base de los dos principios de los alquimistas: mercurio y azufre, agregándole él un tercer principio, la sal. La enfermedad era una falta de equilibrio entre los principios, que podía restaurarse mediante medicinas minerales. Los remedios galénicos eran casi exclusivamente de origen vegetal (una especie de homeopatía), mientras que los remedios minerales eran más concentrados, poderosos y violentos. Paracelso creía en la eficacia de estos agentes químicos, aunque no podemos afirmar que los usara siempre felizmente o por razones que hoy consideraríamos correctas. Por ejemplo, administraba sales de hierro a los pacientes anémicos porque el hierro se hallaba asociado con el planeta rojo, Marte, y con éste, el dios de la guerra, de la sangre y del hierro.

Un elemento nuevo y útil que aparece con Paracelso es que las enfermedades son muy específicas en su acción y que para cada enfermedad hay una sola cura química (contrariamente a los viejos remedios *curalotodo*).

Esto se deriva de sus concepciones metafísicas, ya que aceptaba que en el principio Dios había creado una materia primordial y después numerosas semillas que habían de crecer en ella. Cada una de las semillas crecía hasta convertirse en una entidad particular debido a que poseía una fuerza vital o espiritual, el *Archeus*, como lo denominaba Paracelso. Asimismo, una enfermedad era también una fuerza de un carácter vital específico, como un *Archeus* o una semilla. El *Archeus* de la enfermedad combatía con el *Archeus* del cuerpo invadido, pudiendo ser reprimido por el *Archeus* correspondiente del mineral o de la planta que suministraba el remedio. Esta afirmación (que las enfermedades son entidades en sí mismas), que parece tan obvia si tenemos en cuenta la teoría de los gérmenes, constituía toda una novedad frente a la opinión tradicional del desequilibrio de humores.

Resulta interesante enumerar las causas de la enfermedad, que para Paracelso se dividen en cinco clases: *ens astrale* (provenientes de las estrellas), *ens veneni* (originada por la digestión, ya que todo ser tiene un alquimista en su cuerpo, y si éste se descarrila, el cuerpo se enferma), *ens naturale* (el cuerpo es un microsocosmos: el hígado corresponde a Júpiter, la vesícula biliar a Marte, el corazón al Sol, el cerebro la Luna, el bazo es Saturno, los pulmones Mercurio y los riñones Venus; todos estos órganos efectúan movimientos planetarios en el organismo y, si llegan a colocarse en una posición desfavorable, se produce la enfermedad), *ens spirituale* (el alma es una obra de Dios, mientras que el espíritu es creado por la voluntad humana, y puede influir sobre el prójimo; de allí que el odio, la envidia y los malos deseos pueda provocar dolencias en otro) y *ens deale* (la divina voluntad, que da la enfermedad y la salud, y contra la que nada sirven las medicinas).

Si comenzaron a esbozar una mueca de descalificación, diversión o pena, y están convencidos de que Paracelso era un charlatán, me permito recordarles que no estamos hablando de un individuo alienado, mediocre, tonto, crédulo, ignorante o insignificante; estamos hablando de un hombre que hizo historia, que fue un pionero, que poseía valor, inteligencia, originalidad, y que no sólo anticipó la posterior teoría de los

gérmenes, sino también la química biológica (en una época en que los principios de la biología y de la química eran desconocidos), y preparó, con su esquema de los fenómenos vitales como procesos fundamentalmente químicos, el camino de la moderna fisiología.

Además, es de destacar su amabilidad para con los pobres y su deseo de ayudar a la humanidad doliente. Elogia a la profesión médica como a una vocación alta y noble, y exige que sus miembros posean no sólo sabiduría sino también bondad y moralidad. Dice que Dios puede curar cualquier enfermedad; el buen médico será capaz de hacerlo si su corazón está lleno de amor y misericordia; debe usar la persuasión y la súplica, y hacer todo lo posible para alentar la autocuración del alma humana; ser amable y compasivo. Sin embargo, ha de ser también químico y capaz de utilizar los recursos que Dios puso a su disposición.

Individuo extraordinario, ambiguo y contradictorio, original y extravagante, experimental y lleno de ideas mágicas, Paracelso podría ser considerado tanto un pícaro descarado como un científico osado o un misterioso chamán. Como decíamos al principio, la dificultad radica en que pueden encontrarse bases para todos estos juicios, tanto en su vida personal como en sus escritos, por lo que la decisión final sobre el adjetivo con el que calificaremos a Paracelso dependerá de la lente con la que veamos al mundo y del lugar que creamos ocupar en él, pese a que el mundo mismo y Paracelso puedan ser algo del todo diferentes.

Y así, de acuerdo a ello, será una falsa superchería, una ignorancia primitiva o el acertado sentido místico de la vida que:

«El que conozca el origen del trueno, del viento y de las tormentas, sabe de dónde proceden los cólicos y las torceduras».

Fernanda Orellana